

LAS GRANDEZAS DE MARIA

por

San Bernado Abad y
Doctor de la Iglesia

3ª Edición

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44

41003 SEVILLA

www.apostoladomariano.com

ISBN: 84.7770-637-9

D.L.: Gr. 1193-2003

Impreso en España - Printed in Spain

Con Licencia Eclesiástica

PROLOGO

Hace ya mucho tiempo, amado lector, que la devoción a la Virgen me instaba a tomar la pluma para escribir sus grandezas, mientras que las muchas ocupaciones, muy a pesar mío, me lo han venido impidiendo hasta ahora. Mas ahora que, a causa de mis achaques no puedo seguir con mis hermanos los ejercicios de la comunidad, quiero aprovechar este poquito de tiempo, y aunque sea quitándome también algo del sueño, voy a dedicarme a este trabajo de intentar escribir las incomparables grandezas de María, sobre la lección del Evangelio de San Lucas, en que se narra la historia de la Anunciación de María y la Encarnación del Señor.



CAPÍTULO PRIMERO

MARÍA ADMIRACIÓN DE CIELOS Y TIERRA

Fue enviado, pues, el Angel Gabriel por Dios, a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una Virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa de David y el nombre de la Virgen era María.

¿Qué fin tendría el Evangelista al expresar en este lugar con tanta precisión los propios nombres de tantas cosas? Yo creo que pretendía con esto, que no oyésemos con negligencia, lo que él procuraba referir con tanta exactitud.

Nombra al Nuncio que es enviado, al Señor por quien es enviado, a la Virgen a quien es enviado, al Esposo de la Virgen, y señala con sus propios nombres el linaje de ambos, a la ciudad y a la región. ¿Para qué todo esto? ¿Piensas tú que alguna de estas cosas esté puesta aquí superfluamente? ¡Ah! No. De ninguna manera: porque si no cae una hoja del árbol sin causa; ni cae en tierra un pájaro sin la voluntad del Padre Celestial, ¿podría yo creer, que de boca del Santo Evangelista saliese una palabra superflua, es-

pecialmente en la sagrada historia del que es la Palabra de Dios? No lo pienso yo así: todas están llenas de soberanos misterios, y cada una rebosa en celestial dulzura. Pero esto acontece si tienen quien las considere con diligencia y sepa chupar miel de la piedra, y aceite del peñasco durísimo, como dice la Escritura⁽¹⁾.

Si, verdaderamente, en aquel día destilaron dulzura los montes y manó leche y miel de los collados; cuando enviando los Cielos su rocío desde lo alto y haciendo las nubes como una lluvia, descender al Justo ⁽²⁾ se abrió la tierra alegre, y brotó de ella el Salvador; cuando derramando el Señor su bendición, y dando nuestra tierra su fruto, sobre aquel monte que se eleva sobre todos los montes, monte fértil y pingüe, salieron a encontrarse mutuamente la misericordia y la verdad, y se dieron un beso la justicia y la paz ⁽³⁾; en aquel tiempo en que este no pequeño monte entre los demás montes, este bienaventurado Evangelista, escribió con estilo dulcísimo el principio de nuestra salud, tan deseado de nosotros, que soplando el austro y rayando el sol de justicia, se difundieron de él aromas espirituales. Y ojalá que ahora envíe Dios su palabra; y los dirrita: ojalá que sople su espíritu, y se hagan inteligibles para nosotros las palabras evangélicas, se hagan, en nuestros corazones más estimables que el oro y las piedras más preciosas, se hagan más dulces que la miel y el panal.

(1) Joel, III, 9.

(2) Isaías, XLV, 8.

(3) Salmo LXXXIV, 11.

Dice pues: *Fue enviado el Angel Gabriel por Dios*. No creo sea este Angel de los menores en la milicia celestial; no suelen serlo los que acostumbran ser enviados por cualquier causa con embajadas a la tierra. Y se deja entender también esto claramente, en su mismo nombre, que significa *Fortaleza de Dios*, y porque en el sagrado texto, no se dice que haya sido enviado como acostumbra hacerse entre los Angeles, por algún otro espáritu más excelente que él, sino por el mismo Dios.

Se expresa en el Evangelio que *fue enviado por Dios*, y quizá se dijo *por Dios*, para que no se piense que reveló Dios su designio acerca de la encarnación a alguno de sus bienaventurados espíritus, antes que a la Virgen, si se exceptúa solamente el Arcángel San Gabriel, que sin duda era de tanta excelencia entre los suyos, que fue reputado digno de tal nombre y también de tal embajada.

Ni deja de haber al mismo tiempo mucha proporción entre el oficio de nuncio y el nombre del Angel. Porque a Cristo que es la virtud de Dios ¿quién mejor le podía anunciar que este espáritu, a quien ilustra nombre semejante? ¿Qué otra cosa es fortaleza sino virtud? Ni parezca asimismo inadecuado o impropio, que el Señor y el nuncio se nombren de un mismo modo, siendo así que la causa de llamarse ambos con semejante nombre no es igual en los dos. De un modo se llama Cristo fortaleza o virtud de Dios, y de otra manera muy diferente el Angel; el Angel sólo por denominación pero Cristo lo es también substancialmente. Cristo se llama y es virtud de Dios, viniendo con mayores fuerzas contra aquel fuerte armado que solía guardar en paz el atrio de la casa y le venció con su propio brazo, y así le quitó valerosamente

todas las alhajas que en otro tiempo había hecho cautivas. El Angel San Gabriel empero, es llamado fortaleza de Dios, o por haber merecido la prerrogativa de ser encargado de anunciar la venida de la misma virtud, o porque debía confortar a una Virgen naturalmente tímida, sencilla, vergonzosa, para que no la sorprendiese el pavor, o la novedad de tan grande milagro: lo cual hizo diciéndola: *No temas María porque has hallado gracia delante de Dios.*

Y quizás tampoco será imprudente creer que este mismo Angel fue quien confortó y libró de sus dudas al Esposo de la Virgen, varón ciertamente humilde y timorato aunque no se diga por el Evangelista. *José, le dijo, hijo de David no temas recibir a María por tu consorte.*

Luego oportunamente fue elegido San Gabriel para este asunto, o mejor diré, por encargársele asunto semejante se distingue justamente con tan excelente nombre.

Fue enviado, pues, el Angel Gabriel por Dios. ¿A dónde? A una ciudad de Galilea llamada Nazaret. Veamos si, como dice Natanael, puede salir de Nazaret algo que sea bueno... a Mí las revelaciones y promesas hechas a los Padres y a Abraham, Ysaac y Jacob se me representan como una simiente del conocimiento de Dios echada desde el Cielo a la Tierra, simiente de la cual está escrito: Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado la simiente, hubiéramos sido como una Sodoma, seríamos semejante a Gomorra (4).

(4) Isaías, I, 9.

Floreció esta simiente en las maravillas que se mostraron a la salida del pueblo de Israel de Egipto, en las figuras y enigmas misteriosos por todo el camino en el desierto hasta la tierra de promisión, en las visiones y vaticinios de los Profetas, en la ordenación del Reino y del Sacerdocio hasta Cristo. Y no sin razón se entiende ser Cristo el fruto de esta simiente y de estas flores también: diciendo David: *Derramará Dios su bendición y nuestra tierra dará su fruto* (5) y en otro lugar: *Colocaré a tu descendencia sobre tu trono* (6).

En Nazaret se anuncia que Cristo ha de nacer, porque en la flor se expresa el fruto que ha de venir; pero en saliendo el fruto se cae la flor, porque apareciendo la verdad en la carne, pasó la figura. Por lo cual también Nazaret se dice Ciudad de Galilea, esto es, de la transmigración, porque naciendo Cristo, pasaron todas aquellas cosas que arriba conté, las cuales como dice el Apóstol: *Les sucedían en figura* (7). También nosotros que tenemos ya el fruto hemos dejado atrás esas flores, que aun cuando estaban en su belleza se previó que habrían de pasar. Por lo que dijo David: *Dura un día como el heno, florece por la mañana y se pasa; por la tarde inclina la cabeza se deshoja y se seca* (8). En la tarde, esto es cuando vino la plenitud del tiempo en que envió Dios a su Unigénito hecho de una mujer, hecho bajo de la ley (9), diciendo El mismo: *Mira que hago nuevas todas las*

(5) Salmo LXXXIV, 13.

(6) Salmo CXXXI, 18.

(7) I Corintia, X, 11.

(8) Salmo LXXXIX, 6.

(9) Galata, IV, 4.

cosas (10) las viejas pasaron y desaparecieron así como al romper el fruto, se caen y se secan las flores. Sobre la cual se halla también escrito: *Se secó el heno y cayó la flor, mas la palabra de Dios queda para siempre* (11). Sí, la palabra es el fruto, pues la Palabra es Cristo. Buen fruto es Cristo, que permanece para siempre.

Pero ¿dónde está el heno que se secó? ¿Dónde la flor que se cayó? Responda el Profeta: *Toda carne es heno y toda su gloria como la flor del heno* (12). Luego si toda carne es heno aquel pueblo carnal de los judíos se secó como el heno.

Así fue. ¿Por ventura no se secó como el heno, cuando el mismo pueblo vació de todo jugo del espíritu se pegó tenazmente a la letra seca? ¿No cayó también la flor cuando aquella gloria que tenían en la Ley desapareció para siempre? Si no cayó la flor ¿en dónde está el Reino, en dónde el Sacerdocio, en dónde los Profetas, en dónde el Templo, en dónde aquellas grandezas de que solían gloriarse y decir? *¡Cuántas cosas hemos oído y conocido y nuestros padres nos han contado!* (13). Y también: *¡Cuántas cosas mandó a nuestros padres que hiciesen conocer a sus hijos!*

(10) Apocalipsis, XXI, 5.

(11) Isaías, XL, 8.

(12) Isaías, XL, 6.

(13) Salmo LXXVII, 3, 5.

A Nazaret, pues, ciudad de Galilea fue enviado el Angel Gabriel por Dios. ¿Y a quién? A una Virgen desposada con un varón que se llamaba José. Pero, ¿qué Virgen es ésta tan respetable que un Angel le saluda? ¿Tan humilde que esté desposada con un artesano? Hermosa mezcla la virginidad y la humildad; no poco agradable debe de ser a Dios aquella alma en quien la humildad engrandece a la virginidad y la virginidad adorna a la humildad. ¿De cuánta veneración te parece será digna aquella, cuya humildad engrandece la fecundidad y cuyo alumbramiento consagra la virginidad?

Oyes hablar de una Virgen, oyes hablar de una humilde; si no puedes imitar la virginidad de la humilde, imita la humildad de la Virgen. Loable virtud es la virginidad, pero más necesaria es la humildad: aquélla se nos aconseja, ésta nos la mandan: a aquélla te convidan, a ésta te obligan. De aquélla se dice: *El que la pueda guardar, guárdela* (14). De ésta se ha escrito: *El que no se haga como un niño no entrará en el Reino de los Cielos* (15). De modo, que aquélla se premia como sacrificio voluntario, ésta se exige como servicio obligatorio. Puedes salvarte sin la virginidad, pero no sin la humildad. Puede agradar la humildad que llora la virginidad perdida; más sin la humildad me atrevo a decirlo, ni aun la virginidad de María hubiera agradado a Dios. *¿Sobre quién descansará mi espíritu*, dice el Señor *sino sobre el humilde y manso*? Sí, sobre el humilde, no sobre el que es virgen. Con que si María no fuera humilde no reposara sobre ella el Espíritu Santo; y si el Espíritu Santo no reposara sobre ella no concibiera por virtud

(14) Mateo, XIX, 12.

(15) Lucas, XVIII, 3.

del mismo. Porque, dime, ¿cómo pudiera concebir de El sin El? Claramente, pues, aparece que para que hubiese de concebir del Espíritu Santo, como ella dice: *Miró el Señor a la humildad de su sierva* (16), mucho más que a la virginidad; y aunque por la virginidad agradó a Dios, con todo eso concibió por la humildad. De donde consta, que la humildad fue la que hizo agradable a Dios su virginidad. ¿Qué dices virgen soberbio? María olvidada de que es Virgen, se gloria de la humildad y tú menospreciando la humildad te glorías en tu virginidad? *Miró*, dice ella, *el Señor, a la humildad de su sierva*. Y ¿quién es ella?

Una Virgen santa, una Virgen pura, una Virgen devota. ¿Por ventura eres tú más casto que ella? ¿O más devoto? ¿O será tu castidad más agradable a Dios que la de María, para que puedas tú sin humildad agradarle con la tuya, no habiéndole ella, sin esta virtud, agradado con la suya?

Cuanto más digno de honor eres por el don singular de la castidad, tanto mayor injuria te haces a ti mismo, afeando en ti su hermosura con la mezcla de tu soberbia; y mejor te estaría no ser virgen, que hacerte soberbio por la virginidad.

No es de todos la virginidad ciertamente, pero es de muchos menos todavía la humildad acompañada de la virginidad. Pues, si no puedes más que admirar la virginidad de María, procura imitar su humildad y te basta. Pero, si eres virgen y al mismo tiempo humilde eres grande a los ojos del Señor.

(16) Lucas, I, 48.

Con todo eso hay en María otra cosa mayor de que admirarte, es la fecundidad junta con la virginidad. Jamás se oyó en todos los tiempos que mujer alguna fuese madre y virgen al mismo tiempo. Y si consideras también de quién es Madre, ¿a dónde llegará tu admiración sobre su grandísima excelencia? ¿Acaso no te llevará hasta llegar a persuadirte que ni admirarlo puedes como merece? ¿Acaso a tu juicio o más bien, al juicio de la verdad, no será digna de ser ensalzada la que tuvo a Dios por hijo suyo, sobre todos los coros de los Angeles? ¿No es María la que confiadamente llama al Señor y Dios de los Angeles, hijo suyo, diciéndole: *Hijo, ¿cómo habéis hecho esto con nosotros?* (17) ¿Quién de los Angeles se atrevería a esto?

Es bastante para ellos y tienen por cosa grande, que siendo espíritus por creación, hayan sido hechos y llamados Angeles por gracia como lo dice David: *El Señor es, quien hace Angeles suyos a los espíritus* (18). Pero María reconociéndose Madre de aquella Majestad a quien ellos sirven con reverencia, le llama confiadamente hijo suyo.

Y ni desdeña Dios de ser llamado lo que se dignó ser; pues poco después añade el Evangelista: *Y estaba sujeto a ellos.*

Y ¿Quién estaba sujeto? ¿A quiénes? Dios a los hombres. Dios a quien están sujetos los Angeles, a quien los Principados y las Potestades obedecen, estaba obediente a María, y no sólo a María, sino tam-

(17) Lucas, III, 48.

(18) Salmo CIII, 4.

bién a José por María. Maravíllate de estas cosas, y mira cual es de mayor admiración, si la benignísima dignación del Hijo o la excelentísima dignidad de tal Madre. De ambas partes está el pasmo, de ambas el prodigio.

Que Dios obedezca a una mujer es humildad sin ejemplo, que una mujer tenga autoridad para mandar a Dios es excelencia sin igual. Se canta en alabanza de las Vírgenes como cosa singular, *que siguen al cordero a cualquiera parte que vaya* (19). ¿Pues de qué alabanzas crearás digna a la que va también delante del cordero, y el cordero la sigue detrás?

Aprende, oh, hombre, a obedecer; aprende, tierra a sujetarte, aprende, polvo, a observar la voluntad del superior. De tu Autor habla el Evangelista y dice: *Y estaba sujeto a ellos*. Esto es, estaba sujeto a María y a José. Avergüénzate, soberbia ceniza: Dios se humilla ¿y tú te ensalzas? Dios se sujeta a los hombres ¿y tú anhelando dominarlos te prefieres a tu Autor? Ojalá si llegare a tener tales pensamientos, se digne Dios responderme, lo que dijo a su Apóstol reprendiéndole: *Apártate detrás de mí, Satanás, porque no tienes gusto de las cosas que son de Dios* (20). Puesto que cuantas veces deseo mandar a los hombres, tantas veces pretendo ir delante del Señor; y entonces, ni tengo gusto, ni tengo estimación de las cosas que son de Dios, porque del mismo se dijo: *Y estaba sujeto a ellos*.

(19) Apocalipsis, XIV, 4.

(20) Mateo, XVI, 23.

Si te desdeñas de mirar el ejemplo de los hombres, a lo menos no puedes reputar indigno para ti el seguir el ejemplo de tu Autor. Sí no puedes seguirle en todas partes a donde El fuere, síguete al menos con gusto a donde por tí bajó. Si no puedes subir a la altura de la virginidad, sigue siquiera a tu Dios por el camino segurísimo de la humildad: de la cual, si las vírgenes mismas se apartaren, ya no seguirían al cordero en todos sus caminos.

Sigue al cordero, el humilde que se manchó; le sigue también el virgen soberbio: pero ni el uno, ni el otro le siguen a cualquier parte que vaya; pues ni aquél puede subir a la limpieza del cordero que no tiene mancha; ni éste se digna bajar a la mansedumbre de quien enmudeció paciente, no delante de quien le esquilaba, sino delante de quien le daba muerte. Sin embargo, más saludable modo de seguirle eligió el pecador en la humildad, que el soberbio en la virginidad; pues la humilde satisfacción de aquél purifica su inmundicia; cuando la soberbia repugnante de éste mancha su castidad.

Dichosa fue en todo María, a quien ni faltó la humildad, ni dejó de adornarla la virginidad. Singular virginidad, que no violó, sino que honró la fecundidad; ilustrísima humildad, que no disminuyó, sino que engrandeció su fecunda virginidad; incomparable fecundidad, a la que acompañan juntas la virginidad y humildad. ¿Cuál de estas cosas no es admirable? ¿Cuál no es incomparable? ¿Cuál no es singular? Será maravilla, si ponderándolas, no dudas cual juzgarás más digna de tu admiración; esto es, si será más

estupenda la fecundidad en una Virgen, o la integridad en una Madre; su dignidad por el fruto de su castísimo seno, o su humildad con dignidad tan excelente.

Todas estas grandezas son admirables, pero indudablemente que todas juntas deben preferirse a cada una de ellas y que es incomparablemente más sublimidad y más dicha habérselas poseído todas, que tenido algunas solamente.

Pero ¿qué maravilla que Dios, a quien leemos y vemos admirable en sus Santos, se haya mostrado más maravilloso en su Madre?

Venerad, pues, los que os halláis en el matrimonio, tanta integridad y pureza en un cuerpo mortal; admirad vosotras vírgenes sagradas, la fecundidad de María; imitad personas todas, la humildad de la Madre de Dios; honrad Angeles Santos a la Madre de nuestro Rey. Vosotros adoráis al Hijo de nuestra Virgen, nuestro Rey y vuestro juntamente, Reparador de nuestro linaje, y restaurador de vuestra Ciudad. A cuya dignidad, entre vosotros tan sublime, y tan humilde entre nosotros, sea dada, por vosotros igualmente que por nosotros, la reverencia que se le debe; y a su dignación, todo honor y toda gloria por todos los siglos.

CAPÍTULO SEGUNDO

MARÍA ORÁCULO DEL ALTÍSIMO

Fue enviado, pues, el ángel a una Virgen desposada con un varón justo, y el nombre de la Virgen era María.

Nadie puede dudar que aquel nuevo cántico, que sólo se concederá a las vírgenes cantar en el reino de Dios, le cantará también la Reina de las vírgenes con ellas, o, más bien, la primera de ellas. Mas yo juzgo que, a más de aquel cantar que (como he dicho) la será común con todas, aunque con solas las vírgenes, alegrará también con otros más dulces y más hermosos versos la ciudad de Dios, cuyas suavísimas y armoniosas voces y melodía ninguna, aun de las mismas vírgenes, será digna de componer o imitar; porque con razón será prerrogativa suya cantarlos sola, cuando ella sola se gloria del parto, y parto divino. Se gloria, he dicho, del parto, no en sí misma, sino en el Señor a quien dio a luz. Verdaderamente, Dios (pues es Dios a quien dio a luz), habiendo de dar

a su Madre en el cielo una gloria singular, procuró prevenirla en la tierra con singular gracia, por la cual inefablemente concibiese intacta y diera a luz incorrupta. A la majestad de Dios convenía que no naciese sino de la Virgen, y a la Virgen convenía que no diera a luz a otro que a Dios. Así, el hacedor de los hombres, para hacerse hombre, siendo preciso nacer de una mujer, a aquella entre todas debía escoger o, más bien, formar para Madre suya, que conocía era decente a El, y sabía que le había de agradar. Por tanto, quiso que fuese virgen para salir de una madre purísima el que es infinitamente puro que venía a limpiar las manchas de todos; quiso que fuese humilde, para salir de una Madre tal, el que es manso y humilde de corazón, a fin de mostrarnos en sí mismo el necesario y saludable ejemplo de todas esas virtudes. Dio, pues, a la Virgen parto el mismo Señor que la había inspirado el voto de virginidad y la había enriquecido antes igualmente con el mérito de la humildad. De otra suerte, ¿cómo diría el ángel después que estaba llena de gracia, si tuviera algo bueno que no procediese de la gracia?

Para que fuese, pues, la que había de concebir y dar a luz al Santo de los santos, santa en el cuerpo, recibió el don de la virginidad; para que fuese también santa en el alma, recibió el de la humildad. Adornada de estas preciosas piedras la Virgen regia, resplandeciendo con la doble belleza de cuerpo y alma, conocida por su agrado y hermosura en los cielos, se llevó la atención de todos sus ciudadanos, de suerte que inclinó hasta el ánimo del Rey a

desearla y sacó al nuncio celestial de las alturas. Y esto es lo que el evangelista nos insinúa aquí cuando muestra al ángel enviado por Dios a la Virgen. *Por Dios, dice, a la Virgen*; esto es, por el Altísimo, a la humilde; por el Señor, a la sierva; por el Criador, a la criatura. ¡Qué dignación tan grande de Dios! ¡Qué excelencia tan grande de la Virgen! Corred, madres; corred, hijas; corred todas las que, después de Eva y por Eva, os acercáis al alumbramiento con tristeza y dais a luz con dolor. Llegaos al tálamo virginal; entrad, si podéis, en el casto aposento de vuestra hermana. Ea, ya envía Dios su nuncio a la Virgen; ea, ya el ángel la habla; aplicad el oído a la pared, escuchad su embajada, por si acaso oís de que os podáis consolar.

Alégrate, Adán, padre nuestro; y tú Eva, madre nuestra, llénate de gozo; vosotros mismos, que así como fuisteis padres de todos, así fuisteis de todos homicidas, y, lo que es mayor desgracia, primero homicidas que padres, consolaos con esta hija, y tal hija; pero alégrese Eva principalmente, pues de ella primero nació el mal, y su oprobio pasó a todas las mujeres. Porque ya está cerca el tiempo en que se quitará el oprobio, ni tendrá ya de qué quejarse contra la mujer el hombre; el cual, pretendiendo excusarse imprudentemente a sí mismo, no dudó acusarla cruelmente diciendo: *La mujer que me diste me dio del fruto del árbol, y comí*¹. Así, corre, Eva, a María, corre a tu Hija; ella responderá por ti, quitará tu oprobio, dará satisfacción a su Padre por su Madre; pues ha dispuesto Dios que, ya que el hombre no

¹ Gen., III, 12.

cayó sino por una mujer, tampoco sea levantado sino por una mujer. Pero, ¿qué es lo que decías, Adán? *La mujer que me diste me dio del fruto del árbol, y comí.* Palabras de malicia son éstas que acrecientan tu culpa en vez de borrarla. Sin embargo, la sabiduría ha vencido a la malicia, pues aunque malograste la ocasión que Dios quería darte para el perdón de tu pecado cuando te preguntaba y hacía cargo de él, ha hallado en el tesoro de su indeficiente piedad arbitrios para borrar tu culpa. Te da otra mujer por esa mujer, una prudente por esa fatua, una humilde por esa soberbia; la cual, en vez del árbol de la muerte, te dará el gusto de la vida; en vez de aquel venenoso bocado de amargura, te traerá la dulzura del fruto eterno. Por tanto, muda las palabras de la injusta acusación en alabanzas y acción de gracias a Dios, y dile: Señor, la mujer que me has dado me dio el fruto del árbol de la vida, y comí de él; y ha sido más dulce que la miel para mi boca, porque en él me has dado la vida. Mira a lo que fue enviado el ángel Gabriel a la Virgen. ¡Oh Virgen admirable y dignísima de todo honor! ¡Oh mujer singularmente venerable, admirable entre todas las mujeres, que trajo la restauración a sus padres y la vida a sus descendientes!

Fue enviado, dice, el ángel Gabriel a una virgen. Virgen en el cuerpo, virgen en el alma, virgen en la profesión, virgen, finalmente, como la que describe el Apóstol, santa en el alma y en el cuerpo; ni hallada nuevamente o sin especial providencia, sino escogida desde los siglos, conocida en la presencia del Altísimo y preparada para sí mismo; guardada por los án-

geles, designada anticipadamente por los antiguos Padres, prometida por los profetas. Registra las escrituras y hallarás las pruebas de lo que digo. Pero ¿quieres que yo también traiga aquí testimonios sobre esto? Para hablar poco de lo mucho. ¿qué otra cosa te parece que predijo Dios, cuando dijo a la serpiente: *Pondré enemistades entre ti y la mujer?*² Y si todavía dudas que hablase de María, oye lo que se sigue: *Ella misma quebrantará tu cabeza.* ¿Para quién se guardo esta victoria sino para María? Ella sin duda quebrantó su venenosa cabeza, venciendo y reduciendo a la nada todas las sugerencias del enemigo, así en los deleites del cuerpo como en la soberbia del corazón.

¿Qué otra fijamente buscaba Salomón cuando decía: *¿Quién hallará una mujer fuerte?*³ Conocía este hombre sabio la debilidad de este sexo, su frágil cuerpo y su corazón inconstante. Con todo eso, porque había leído que la había prometido Dios, y sabía que convenía que quien había vencido por una mujer fuese vencido por otra, con una vehemente admiración decía: *¿Quién hallará una mujer fuerte?* Lo cual es decir: ya que está dispuesto por el consejo divino que de la mano de una mujer venga la salud de todos nosotros, la restitución de la inocencia y la victoria del enemigo, es necesario que se prepare una de todos modos fuerte, que pueda ser a propósito para obra tan grande. *¿Pero quién hallará una mujer fuerte?* Y porque no se piense que preguntaba esto per-

² Gen., III, 15.

³ Prov., XXXI, 10.

diendo la esperanza de que se encontrase, añade profetizándola: *Lejos y de los últimos términos es el precio de ella; esto es*, no es vil, ni pequeño, ni mediano; no, en fin, de la tierra, sino del cielo; pero ni aun del cielo próximo a la tierra es el precio de esta mujer fuerte, sino que de lo más alto del cielo viene su estimación. ¿Qué pronosticaba en otro tiempo aquella zarza de Moisés, echando llamas, pero sin consumirse ⁴, sino a María dando a luz sin sentir dolor? ¿Qué aquella vara de Aarón ⁵, que floreció estando seca, sino a la misma concibiendo, pero sin obra de varón? El mayor misterio de este grande milagro le explica Isaías diciendo: *Saldrá una vara de la raíz de José, y de su raíz subirá una flor* ⁶, entendiendo en la vara a la Virgen y el parto de la Virgen en la flor.

Pero, si te parece que el decir ahora que Cristo se entiende en la flor, contradice a la sentencia que queda explicada más arriba, en que decíamos que no en la flor, sino en el fruto de la flor, se designaba, sabe que en la misma vara de Aarón (la cual no sólo floreció, sino que arrojó hojas y echó fruto) es significado Cristo, no precisamente en la flor o en el fruto, sino también en las hojas mismas. Sabe, igualmente, que fue demostrado por Moisés ⁷, no por el fruto de la vara ni por la flor, sino por la misma vara; por aquella vara, sin duda, a cuyo golpe ya se divide el agua para que el pueblo pase, ya brota de la piedra para

⁴ Ex., III, 2.

⁵ Num., XVII, 8.

⁶ Is., XI, 1.

⁷ Ex., XIV, 16.

que beba. No hay, pues, inconveniente alguno en que sea figurado Cristo en diversas cosas por diferentes causas; y que en la vara se entienda su potencia, en la flor su fragancia, en el fruto la dulzura de su sabor, en las hojas también su cuidadosa protección, con que no cesa de amparar bajo la sombra de sus alas a los pequeñuelos que se refugian a él huyendo de los carnales deseos y de los impíos que los persiguen. Buena y amable sombra la que se halla bajo las alas del dulce Jesús, donde hay seguro refugio para los que se retiran allí y refrigerio saludable para los fatigados. Ten misericordia de mí, Señor Jesús; ten misericordia de mí, porque en ti confía mi alma, y en la sombra de tus alas esperaré hasta que pase la iniquidad. En este texto de Isaías debes entender al Hijo en la flor y a la Madre en la vara; porque la vara floreció sin renuevo, y la Virgen concibió sin obra de varón. Ni dañó al verdor de la vara la salida de la flor, ni al pudor de la Virgen el parto sagrado.

Traigamos de las Escrituras otros testimonios concernientes a la Virgen Madre y a su Hijo Dios. ¿Qué significa el vellocino de Gedeón ⁸, que, quitado de la carne, pero sin herida de la carne, es puesto en la era; y ahora la lana, después la misma era, es humedecida con el rocío, sino aquella carne tomada de la carne de la Virgen, pero sin detrimento de su virginidad? En la cual verdaderamente, destilando los cielos, se infundió toda la plenitud de la divinidad, de modo que de esta plenitud hemos recibido todos, no siendo otra

⁸ *Ind.*, VI, 37.

⁹ *Ps.*, LXXI, 6.

cosa, sin ella, que una tierra árida. Con este hecho de Gedeón parece cuadrar bellamente el dicho del profeta: *Descenderá como lluvia sobre el vellocino* ⁹. Pues por lo que se sigue: *Y como las gotas que destilan sobre la tierra*, se significa lo mismo que por la era, que se halló humedecida con el rocío. Que es decir: aquella lluvia voluntaria que destinó Dios para el pueblo, que es su heredad, primero plácidamente y sin estrépito de alguna operación humana, con aquel sosegadísimo descenso propio de ella, bajó al seno virginal; mas después fue difundida en todas las partes del mundo por la boca de los apóstoles, no ya como la lluvia en el vellocino, sino como las gotas que destilan sobre la tierra, con el estrépito de las palabras y con el sonido de los milagros. Porque se acordaron las nubes que llevaban la lluvia que, cuando fueron enviadas, se las había mandado: *Lo que os digo a vosotros en las tinieblas, decidlo en la luz; y los que escucháis al oído, predicadlo sobre las cosas* ¹⁰. Lo cual cumplieron, pues *su sonido se extendió a toda la tierra y llegaron sus palabras hasta las extremidades del mundo* ¹¹.

Oigamos también a Jeremías anunciar a los antiguos cosas nuevas, y, a quien no podía mostrar todavía presente, desear ardientemente que viniese y prometer con toda confianza que vendría. *Una cosa nueva, dice, ha criado Dios sobre la tierra: una mujer rodeará a un varón* ¹². ¿Quién es esta mujer y quién

¹⁰ Mt., X, 27.

¹¹ Ps., XVIII, 5.

¹² Jer., XXXI, 12.

es este varón? O, si es varón, ¿cómo puede ser rodeado de una mujer? O, si por una mujer es rodeado, ¿cómo puede ser varón? Y, para decirlo más claramente, ¿cómo puede a un tiempo mismo ser varón y estar en el seno de la madre, pues esto es ser rodeado un varón por una mujer? Hemos conocido varones que, pasando la infancia, la edad pueril, la adolescencia y la juventud, llegaron hasta el grado próximo a la senectud. Pero el que tan grande ya, ¿cómo podrá ser rodeado por una mujer? Si hubiera dicho: una mujer rodeará a un infante o una mujer rodeará a un párvulo, no parecería nuevo o maravilloso; mas, no poniendo ahora cosa semejante, sino llamándole varón, con razón preguntaremos: ¿Qué novedad es esta que Dios ha obrado sobre la tierra, haciendo que una mujer rodee a un varón y que el varón se estreche dentro del pequeño cuerpo de una mujer? ¿Qué prodigio es éste? *¿Puede, por ventura, el hombre, como dice Nicodemo, entrar segunda vez en el seno de su madre y volver a nacer?*¹³

Pero yo vuelvo los ojos de la consideración a la concepción y parto virginal, por si acaso entre las muchísimas cosas nuevas y maravillosas que halla allí el que con diligencia las busca, puedo encontrar esta novedad que he referido del profeta. A la verdad, allí se conoce la longitud breve, la latitud angosta, la altura abatida, la profundidad llana. Allí se conoce la luz sin resplandecer, la palabra sin hablar, el agua con sed, con hambre de pan. Verás, si atiendes, que la potencia es gobernada, la sabiduría instruída, la

¹³ Io., III, 4.

fortaleza sustentada. Verás, en fin, a Dios mamando y alimentando a los ángeles; llorando y consolando a los miserables. Verás, si atiendes, entristecerse la alegría, asustarse la confianza, la salud padecer, la vida morir, la fortaleza desmayar. Pero, lo que no es menos maravilloso, se ve allí a un tiempo mismo la tristeza alegrando, el susto fortaleciendo, la pasión dando la salud, la muerte dando la vida, el desmayo comunicando fuerza. ¿Quién no encuentra ya lo que yo buscaba? ¿No te es fácil ya reconocer entre otras cosas a una mujer que rodea a un varón, cuando ves que María abraza en su seno a aquel varón aprobado de Dios, Jesús? Mas yo llamo varón a Jesús, no sólo cuando le aclamaban *Varón profeta, poderoso en las obras y en las palabras* ¹⁴, sino también cuando la Madre de Dios ponía sus tiernos miembros en su blando regazo o le llevaba en su seno. Era, pues, Jesús varón, aun antes de nacer; pero en la sabiduría, no en la edad; en el vigor del ánimo, no en las fuerzas del cuerpo, en la madurez de los sentidos, no en la corpulencia de sus miembros. Porque no tuvo menos sabiduría, o, por decir mejor, no fue menos la sabiduría misma Jesús concebido que nacido, pequeño o grande. Así, o escondido en el seno de María, o dando vagidos en el pesebre, o, ya más grandecito, preguntando a los doctores en el templo, o, ya en edad perfecta, enseñando delante del pueblo; igualmente y sin duda alguna, estuvo lleno del Espíritu Santo. Ni hubo hora alguna, en cualquiera edad de su vida, en que de aquella plenitud, que en su concepción recibió, se disminuye algo o se le añadiese algo; sino que desde el principio fue perfecto; desde el principio, vuelvo a decir, estuvo lleno del espíritu

¹⁴ *Lc.*, XXIV, 19.

de sabiduría y de entendimiento, del espíritu de consejo y de fortaleza, del espíritu de ciencia y de piedad y del espíritu del temor del Señor ¹⁵.

Ni te haga fuerza lo que lees de El en otro lugar: *Jesús adelantaba en sabiduría, en edad y gracia, delante de Dios y de los hombres* ¹⁶; porque lo que aquí se dice de la sabiduría y de la gracia, se ha de entender, no según lo que en sí mismo era, sino según lo que aparecía; no porque se le aumentase cosa nueva que antes no tuviese, sino porque parecía que se le aumentaba en el tiempo, pues quería el Señor que pareciese así. Tú, hombre, cuando creces, no creces cuanto ni cuando quieres; sino que, sin saberlo tú, se aumenta tu estatura y se dispone tu vida. Mas el niño Jesús, que dispone tu vida, disponía también la suya; y cuando quería y a quienes quería parecía sabio; cuando y a quienes quería, sapientísimo; aunque en sí mismo nunca fue sino sapientísimo. Igualmente también, aunque siempre estuvo lleno de toda gracia, así de la que debía tener delante de Dios, como delante de los hombres, con todo eso, a su arbitrio, la mostraba ahora más, ahora menos, según que El sabía que convenía a los méritos o a la salud de los que lo miraban. Se hace claro, pues, que Jesús tuvo siempre un ánimo varonil, aunque no pareció siempre varón en el cuerpo. En fin, ¿cómo dudaré yo que fuese ya varón en el seno, cuando no dudo que también era Dios allí? Menos es ser varón que ser Dios.

¹⁵ Is., XI, 2.

¹⁶ Lc., II, 51.

Pero mira si no explica clarísimamente también esta novedad de Jeremías el profeta Isaías, el cual igualmente nos expuso las flores nuevas de Aarón, de que hablamos más arriba. *Mira, dice, que una virgen concebirá y dará a luz un hijo* ¹⁷. Ea, ya tienes la mujer, que es la Virgen. ¿Quieres oír también quién es el varón? *Y será llamado, añade, Manuel*. Esto es, *Dios con nosotros*. Así, la mujer que circunda al varón es la Virgen, que concibe a Dios. ¿Ves qué bella y concordemente cuadran entre sí los hechos maravillosos de los santos y sus misteriosos dichos? ¿Ves qué estupendo es este solo milagro hecho con la Virgen y en la Virgen, a que precedieron tantos prodigios y que prometieron tantos oráculos? Sin duda era uno solo el espíritu de los profetas y, aunque en diversas maneras, signos y tiempos, y, siendo ellos diversos también, pero no con diverso espíritu, previeron y predijeron una misma cosa. Lo que se mostró a Moisés en la zarza y en el fuego, a Aarón en la vara y en la flor, a Gedeón en el vellocino y el rocío, eso mismo abiertamente predijo Salomón en la mujer fuerte y en su precio; con más expresión lo cantó anticipadamente Jeremías de una mujer y de un varón; clarísimamente lo anunció Isaías de una virgen y de Dios; en fin, eso mismo lo mostró San Gabriel en la Virgen saludándola; porque esta misma es de quien dice el evangelista ahora: *Fue enviado el ángel Gabriel a una virgen desposada*.

A una virgen desposada, dice. ¿Por qué fue desposada? Siendo ella, digo, elegida virgen y, como se ha demostrado, virgen que había de concebir, y virgen

¹⁷ Is., VII, 14.

que había de dar a luz siendo virgen, causa admiración que fuese desposada. ¿Habría por ventura quien diga que esto sucedería casualmente? No se hizo casualmente cuando, para hacerse así, se halla causa muy razonable, causa muy útil y necesaria y digna enteramente del consejo divino. Diré lo que a mí me ha parecido o, por mejor decir, lo que antes de mí ha parecido a los Padres. La causa para que se desposase María fue la misma que hubo para permitir que dudase Tomás. Era costumbre de los judíos que desde el día del desposorio hasta el tiempo de las bodas fuesen entregadas las esposas a sus esposos para ser guardadas, a fin de que con tanta mayor diligencia guardasen su honestidad cuanto ellos eran más fieles para sí mismo. Así, pues, como Tomás, dudando y palpan-do, se hizo constantísimo confesor de la resurrección del Señor, así también José, desposándose con María y comprobando él mismo su honestísima conducta en el tiempo de su custodia con más diligencia, se hizo fidelísimo testigo de su pureza. Bella congruencia de ambas cosas, esto es, de la duda en Tomás y del desposorio en María. Podía el enemigo ponernos un lazo a nosotros para que cayésemos en el error, dudando de la verdad de la fe en Tomás y de la castidad en María, reduciéndose de esta suerte la verdad a sospechas; pero, con prudente y piadoso consejo de Dios, sucedió, por el contrario, que por donde temía la sospecha, se hizo más firme y más cierta la verdad de nuestra fe. Porque acerca de la resurrección del Hijo, más presto sin duda, yo, que soy débil, creeré a Tomás, que duda y palpa, que a Cefas, que lo oye y luego lo cree; y sobre la continencia de María, más fácilmente creeré a su esposo, que la guarda y experimenta, que creería aún a la misma Virgen, te ruego,

¿quién viéndola embarazada, sin estar desposada, no diría más bien que era mujer corrupta que virgen? No era decente que se dijese esto de la Madre del Señor; era más tolerable y honesto que por algún tiempo se pensase que Crsito había nacido de matrimonio que no de fornicación.

¿Pero no podía, dirás, hacer Dios un patente prodigio con que se consiguiese que si se infamase su nacimiento no fuese acusada su madre? Seguramente podía; pero no podía estar oculto a los demonios lo que supiesen los hombres; y convenía que el misterio del consejo divino estuviese algún tiempo encubierto al príncipe del mundo; no porque Dios, si quisiera hacer esta obra descubiertamente, temiese ser impedido por él, sino porque el mismo Señor, que no sólo poderosa, sino sabiamente también, hizo todas las demás obras suyas acostumbró guardar ciertas congruencias de las cosas o de los tiempos por la hermosura del orden, así igualmente en la magnífica obra de nuestra redención, no sólo quiso mostrar su poder, sino también su prudencia. Y aunque hubiera podido perfeccionarla del modo que hubiera querido, le agradó más reconciliar consigo al hombre por el modo mismo y orden con que sabía que había caído; para que así como el diablo engañó a la mujer del primero, y después por la mujer venció al hombre, así también fuese primeramente engañado por una mujer virgen, y después abiertamente vencido por un hombre, que es Cristo; siguiéndose de esto que, burlando el arte de la divina piedad los ardides de la malicia y quebrantando la fortaleza de Cristo las

fuerzas del maligno, se viese ser Dios más prudente y más fuerte que el diablo. Fue muy decoroso que la Sabiduría encarnada triunfase de esta suerte de la malicia espiritual, verificándose así que sólo alcanza desde una extremidad hasta otra fuertemente, sino que también dispone suavemente todas las cosas. Llega de una extremidad a la otra extremidad, esto es, desde el cielo hasta el infierno. *Si subiere al cielo, dice, allí te hallas; si bajare al infierno, estás allí* 18. Pero en ambas partes fuertemente, pues no sólo expedió de las alturas al soberbio, sino que en los infiernos despojó al avaro. Convenía, pues, que dispusiese con suavidad todas las cosas del cielo y de la tierra, a fin de que, arrojando de allí al inquieto, asegurase a los demás en la paz y, habiendo de vencer aquí al envidioso, nos dejase primero a nosotros el necesarísimo ejemplo de su humildad y mansedumbre; y así, por este orden maravilloso de su sabiduría, se mostrase para los suyos suave y para los enemigos fuerte. Porque ¿qué nos serviría que el diablo fuese vencido por Cristo, si nosotros permaneciésemos soberbios? Así, no hay duda en que intervinieron causas muy importantes para que María fuese desposada con José, puesto que por este medio se esconde lo santo a los perros y se comprueba la virginidad de María por su esposo; igualmente se preserva a la Virgen del sonrojo y se provee a la integridad de su fama. ¿Qué cosa más llena de sabiduría. qué cosa más digna de la providencia divina? Con sólo este arbitrio, se admite un fiel testigo a los secretos del cielo y se excluye de ellos al enemigo y se conserva ilesa la fama de la Virgen Madre. De otra suerte, ¿cuándo hubiera perdonado

18 Ps., CXXXVIII, 8.

el justo a una adúltera? Pero está escrito: *Mas José, su esposo, siendo justo, y no queriendo delatarla, quiso dejarla ocultamente* ¹⁹. ¡Qué bien dicho, siendo justo y no queriendo delatarla! Porque así como de ningún modo hubiera sido justo si la hubiera consentido conociéndola culpada, igualmente no sería justo si la hubiera delatado conociéndola inocente. Como fuese, pues, justo y no quisiese delatarla, quiso dejarla ocultamente.

¿Por qué quiso dejarla? Oye también en esto no mi sentencia propia, sino la de los Padres. Por el mismo motivo quería José dejar a María por el que San Pedro también apartaba de sí al Señor, diciéndole: *Apártate de mí, Señor, porque yo soy un pecador* ²⁰; y por la causa misma porque el centurión no quería que entrase el Señor en su casa diciendo: *Señor, yo no soy digno de que entres bajo mi techo* ²¹. Así, José, teniéndose por indigno y pecador, decía dentro de sí mismo que no debía concedérsele ya en adelante la familiar compañía con tal y tan grande criatura, cuya admirable dignidad miraba sobre sí con asombro. Miraba y se llenaba de pavor a la vista de quien llevaba en sí misma una certísima divisa de la presencia divina; y, porque no podía penetrar el misterio, quería dejarla. Miró Pedro con pavor la grandeza del poder de Cristo, miró con pavor el centurión la majestad de su presencia. Fue poseído también José, como hombre, de un asombro sagrado a la novedad de tan grande milagro, a la profundidad de tan grande mis-

¹⁹ *Mt.*, I, 19.

²⁰ *Lc.*, V, 8.

²¹ *Mt.*, VIII, 8.

terio, y por eso quiso dejarla ocultamente. ¿Te maravillas de que José se juzgase indigno de la compañía de María, cuando llevaba ya en sus virginales entrañas el Hijo de Dios, oyendo tú que Santa Isabel no podía sostener su presencia sin temor y respeto, pues prorrumpe en estas voces: *¿De dónde a mí esta dicha, que la madre de mi Señor venga a mí?* ²² Este fue el motivo porque José quería dejarla. Pero ¿por qué ocultamente y no a las claras? Porque no se inquiriese la causa del divorcio y se pidiese la razón que había para él. Porque ¿qué respondería este varón justo a un pueblo de dura cerviz, a un pueblo que no creía, sino que contradecía? Si decía lo que sentía y lo que había comprobado él mismo en orden a su pureza, ¿no se burlarían al punto de él los incrédulos y crueles judíos y a ella no la apedrearían? ¿Cuándo creerían a la verdad enmudecida en el seno, si después la despreciaron clamando en el templo? ¿Qué harían con quien todavía no aparecía los que pusieron en El sus impías manos cuando resplandecía con milagros? Con razón, pues, este varón justo, por no verse obligado o a mentir o a infamar a una inocente, quiso ocultamente dejarla.

Mas si alguno siente de diferente modo, y porfía en que José, como hombre, dudó; y, como era justo, no quería habitar con ella por la sospecha, no queriendo, sin embargo, tampoco (como era piadoso) descubrir sus recelos, y que por esto quiso dejarla ocultamente; brevemente respondo que aun así fue muy necesaria y provechosa la duda de José, pues mereció

²² Lc., I, 43.

ser aclarada por el oráculo divino. Porque así se halla escrito: *Pensando él en esto*, es decir, en dejarla oculta-mente, *se le apareció un ángel en sueños, y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María por consorte tuya, pues lo que en sus entrañas está es del Espíritu Santo* ²³. Así, por estas razones, fue desposada María con José o, como dice el evangelista, *con un varón cuyo nombre era José* ²⁴. Varón le llama, no porque fuese marido, sino porque era hombre de virtud. O mejor, porque, según otro evangelista, fue llamado, no varón absolutamente, sino varón de Ma-ría, con razón se apellida como fue necesario repu-tarle. Debió, pues, llamarse varón suyo, porque fue necesario reputarlo tal; así como también mereció no serlo a la verdad, sino llamarse padre de Dios; de modo que se pensó que lo era, por lo que dice este mismo evangelista: *Tenía Jesús, al comenzar su mi-nisterio, unos treinta años, y le reputaban hijo de José* ²⁵. Ni fue, pues, varón de la madre ni padre del hijo, aunque (como se ha dicho), por una necesaria razón de obrar y, permisión en Dios, fue llamado y reputado por algún tiempo lo uno y lo otro.

Pero conjetura tú por este título, con el cual, aun-que por una graciosa razón de obrar y permisión di-vina, mereció ser honrado, llamándose y creyéndose algún tiempo padre de Dios; conjetura también por su nombre propio (que sin duda significa aumento)

²³ Mt., I, 20.

²⁴ Lc., I, 27.

²⁵ Lc., III, 23.

²⁶ Gen., XXXVII, 27.

qué hombre tan grande y de cuánta virtud era este José. Acuérdate al mismo tiempo de aquel grande patriarca, vendido en otro tiempo en Egipto, y reconocerás que éste no sólo tuvo su mismo nombre, sino su castidad, su inocencia y su gracia. Aquel José ²⁶, vendido por la envidia de sus hermanos y llevado a Egipto, prefiguró la venta de Cristo; este José, huyendo de la envidia de Herodes, llevó a Cristo a la tierra de Egipto ²⁷. Aquél, guardando lealtad a su señor, no quiso consentir al mal intento de su señora ²⁸; éste, reconociendo virgen a su Señora. Madre de su Señor, la guardó fidelísimamente, conservándose él mismo en toda castidad. A aquél le fue dada la inteligencia de los misterios de los sueños; éste mereció ser sabedor y participante de los misterios de los soberanos. Aquél reservó el trigo no para sí, sino para el pueblo; éste recibió el pan vivo del cielo para guardarle para sí y para todo el mundo. Sin duda, este José con quien se desposó la Madre del Salvador fué hombre bueno y fiel. Siervo fiel y prudente, repito, a quien constituyó Dios consuelo de su Madre, proveedor del sustento de su cuerpo; finalmente, a él solo sobre la tierra, coadjutor fidelísimo del gran consejo. Llégase a esto el referirse también que era de la casa de David. Verdaderamente de la casa de David, verdaderamente de sangre real descende este José, noble en linaje y más noble en el ánimo. Verdaderamente hijo de David, pues no degenera de David, su padre. Enteramente, vuelvo a decir, hijo de David, no sólo por la sangre, sino por la fe, por la santidad, por la devoción; a quien halló Dios, como a otro David, según

²⁷ Mt., II, 14.

²⁸ Gen., XXXIX, 12.

su corazón, para encomendarle con seguridad el secretísimo arcano de su corazón; a quien, como a otro David, manifestó los secretos y misterios de su sabiduría y le dio el conocimiento de aquel misterio, que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; a quien, en fin, se concedió no sólo ver y oír al que muchos reyes y profetas, queriéndole ver, no le vieron y queriéndole oír no le oyeron, no sólo verle y oírle, sino tenerle en sus brazos, llevarle de la mano, abrazarle, besarle, alimentarle y guardarle. Mas no precisamente de José, sino de María también se debe creer que descendía de la casa de David. Porque no se hubiera podido desposar con un varón de la casa de David si ella misma no fuera de la casa de David también. Ambos, pues, eran de la casa de David; pero en María se cumplió aquella verdad que Dios había jurado a David, siendo José solamente sabedor y testigo del cumplimiento de la divina promesa.

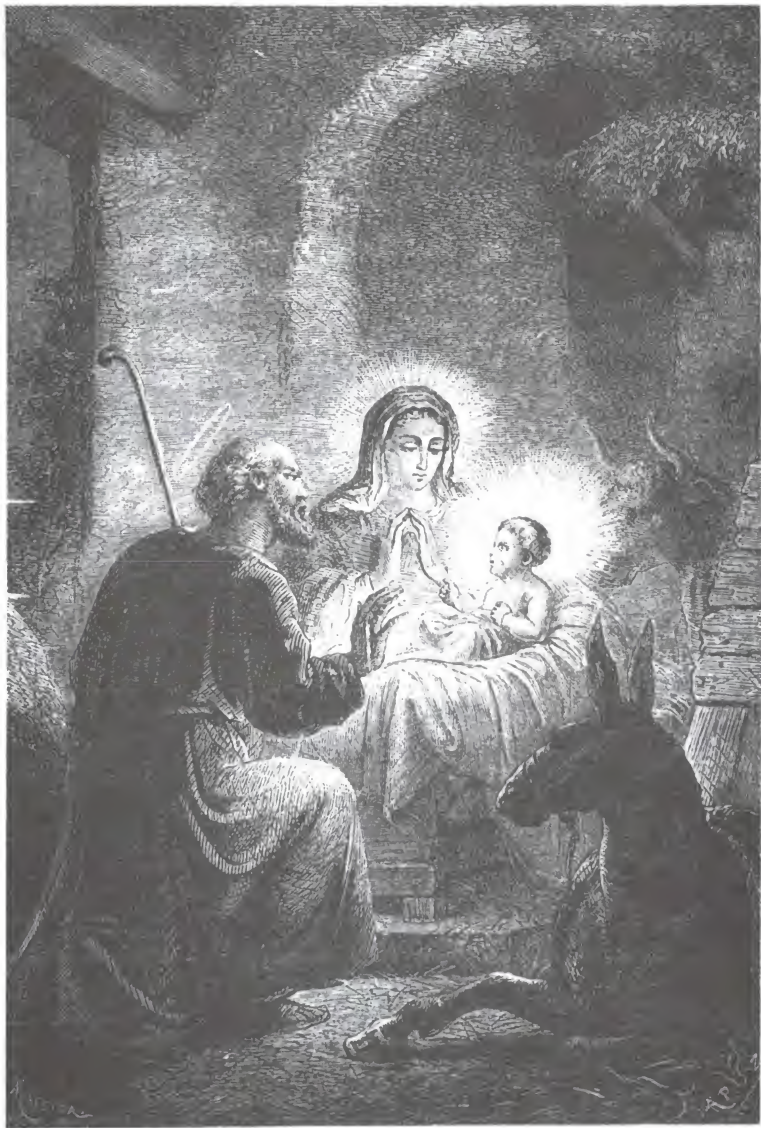
Al fin del verso dice el evangelista: *Y el nombre de la virgen era María*. Digamos también, acerca de este nombre, que significa estrella de la mar, y se adapta a la Virgen Madre con la mayor proporción. Se compara María oportunísimamente a la estrella; porque, así como la estrella despide el rayo de su luz sin corrupción de sí misma, así, sin lesión suya, dio a luz la Virgen a su Hijo. Ni el rayo disminuye a la estrella de su claridad, ni el Hijo a la Virgen su integridad. Ella, pues, es aquella noble estrella nacida de Jacob, cuyos rayos iluminan todo el orbe, cuyo esplendor brilla en las alturas y penetra los abismos; y alumbrando también a la tierra y calentando más bien los corazones

que los cuerpos, fomenta las virtudes y consume los vicios. Esta misma, repito, es la esclarecida y singular estrella, elevada por necesarias causas sobre este mar grande y espacioso, brillando en méritos, ilustrando en ejemplos. ¡Oh!, cualquiera que seas el que en la impetuosa corriente de este siglo te miras, mas antes fluctuar entre borrascas y tempestades, que andar por la tierra, no apartes los ojos del resplandor de esta estrella, si quieres no ser oprimido de las borrascas. Si se levantan los vientos de las tentaciones, si tropiezas en los escollos de las tribulaciones, mira a la estrella, llama a María. Si eres agitado de las ondas de la soberbia, si de la detracción, si de la ambición, si de la emulación, mira a la estrella, llama a María. Si la ira, o la avaricia, o el deleite carnal impele violentamente la navecilla de tu alma, mira a María. Si, turbado a la memoria de la enormidad de tus crímenes, confuso a vista de la fealdad de tu conciencia, aterrado a la idea del horror del juicio, comienzas a ser sumido en la sima sin suelo de la tristeza, en el abismo de la desesperación, piensa en María. En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María. No se aparte María de tu boca, no se aparte de tu corazón; y para conseguir los sufragios de su intercesión, no te desvíes de los ejemplos de su virtud. No te descaminarás si la sigues, no desesperarás si la ruegas, no te perderás si en ella piensas. Si ella te tiene de su mano, no caerás; si te protege, nada tendrás que temer; no te fatigarás, si es tu guía; llegarás felizmente al puerto, si ella te ampara; y así, en ti mismo experimentarás con cuánta razón se dijo: *Y el nombre de la virgen era María*. Pero ya debemos pausar un poco, no sea que miremos sólo de paso la claridad de tanta luz. Pues, por usar

de las palabras del evangelista: *Bueno es que nos detengamos aquí* (29). Da gusto contemplar dulcemente en el silencio lo que no basta a explicar la pluma laboriosa. Y entre tanto, por la devota contemplación de esta brillante estrella, recobrará más fervor la exposición en lo que se sigue.

En los peligros, en las angustias, en las dudas, acuérdate de María, invoca a María.

(29) Mateo, XVII, 4.



CAPÍTULO TERCERO

MARÍA LLENA DE GRACIA

Y habiendo entrado el ángel a donde estaba María, le dijo: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres.

Cuando oyó esto se turbó y pensaba qué salutación sería ésta y el ángel le dijo: no temas María, porque has hallado gracia delante de Dios, he aquí que concebirás en tu seno, y tendrás un hijo, y le llamarás Jesús. Este será grande y será llamado hijo del Altísimo y le dará el señor Dios el trono de David su padre y reinará en la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin (1)

Me gusta usar de las palabras de los Santos siempre que oportunamente se puedan adaptar a los asuntos que trato, para que así, se hagan más gratas a lo menos por la belleza de los vasos, las cosas que en mis discursos presento al lector, y por eso comienzo

(1) Lucas, I, 28-33.

este capítulo con las expresiones del Profeta ¡ay de mí! (2) no a la verdad como él, porque callé, sino porque he hablado, pues mis labios son impuros. ¡Ay!; cuántas cosas vanas, cuantas cosas falsas, cuántas cosas torpes me acuerdo haber vomitado por esta misma asquerosísima boca mía, con que ahora presumo tratar palabras celestiales.

Temo mucho que esté cerca aquel momento en que haya de oír que me dicen: *¿Cómo cuentas tú mis injusticias y tomas en tu boca mi testamento?* (3). Ojalá que a mí también me trajeran como al Profeta, del soberano altar, no una sola ascua sino un globo grande de fuego, que consumiese enteramente la mucha e inveterada inmundicia de mi sucia boca, a fin de hacerme digno de repetir con mi expresión, tal cual ella sea, los gratos y castos coloquios del Angel con la Virgen y la respuesta de la Virgen al mismo Angel.

Dice el Evangelista: *Habiendo entrado el ángel del Señor, dijo a María: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo.* ¿Y a dónde entró el ángel? Sin duda al secreto de su casto aposento, en donde quizá, cerrada la puerta sobre sí, estaba en lo oculto orando al padre celestial. Suelen los ángeles estar presentes a los que oran y deleitarse en los que ven levantar sus puras manos en la oración; se alegran de ofrecer a Dios el holocausto de la devoción santa como incienso agradable al cielo. Y cuánto habían agradado las oraciones de María en la presencia del Altísimo, lo indica el Angel saludándola con tanta reverencia.

No fué dificultoso al Angel penetrar en el secreto aposento de la Virgen, pues por la sutileza de su

(2) Isaías, VI, 5.

(3) Salmo XLIX, 16.

substancia tenía la natural propiedad de que nada ni la cerradura de hierro, le podían estorbar la entrada a cualquiera parte que su ímpetu le llevase. No resisten a los Ángelicos Espíritus las paredes, sino que les ceden todas las cosas visibles, y todos los cuerpos por más solidos o densos que sean están francos y penetrables para ellos. No debes, pues, sospechar que encontrase el Angel abierta la puertecita de la Virgen cuyo propósito, al estar cerrada, era evitar la concurrencia de los hombres y huir de sus conversaciones, para que así o no fuese perturbado el silencio de su oración o no fuese tentada su castidad de que hacía profesión. Por tanto había cerrado sobre sí su habitación en aquella hora la Virgen prudentísima, pero a los hombres, no a los ángeles y aunque pudo entrar el Angel donde estaba, a ninguno de los hombres le era fácil la entrada.

Habiendo entrado el Angel a donde estaba María la dijo; *Dios te salve llena de gracia el Señor es contigo*. Leemos en los Actos de los Apóstoles (4) que San Esteban estuvo lleno de gracia y que los Apóstoles también estuvieron llenos de Espíritu Santo, pero fue diferentemente que María, porque, a más de otras razones, ni en aquel habitó la plenitud de la divinidad corporalmente, como habitó en María, ni estos concibieron del Espíritu Santo, como María.

Dios te salve, dice, llena de gracia, el Señor es contigo. ¿Qué mucho estuviera llena de gracia, si el Señor estaba con ella? Lo que más se debe admirar es

(4) Actos de los Apóstoles, VI, 5.

cómo el mismo que había enviado el ángel a la Virgen fue hallado con la Virgen por el ángel. ¿Fue Dios más veloz que el ángel, de modo que con mayor ligereza se anticipó a su presuroso nuncio para llegar a la tierra? No hay que admirar, porque estando el Rey en su reposo, el nardo de la Virgen dio su olor y subió a la presencia de su gloria el perfume de su aroma y halló gracia en los ojos del señor, clamando los circunstantes: *¿Quién es esta que sube por el desierto como una columnita de humo formada de perfumes de mirra e incienso?* ⁴ Y al punto el Rey, saliendo de su lugar santo, mostró el aliento de un gigante para correr el camino ⁵; y, aunque fue su salida de lo más alto del cielo, volando en su ardentísimo deseo, se adelantó a su nuncio, para llegar a la Virgen, a quien había amado, a quien había escogido para sí, cuya hermosura había deseado. Al cual, mirándole venir de lejos, dándose el parabién y llenándose de gozo, le dice la Iglesia: *Mirad cómo viene éste saltando en los montes, pasando por encima de los collados* ⁶.

Mas con razón deseó el Rey la hermosura de la Virgen, pues había puesto por obra todo lo que mucho antes había sido amonestada por David, su padre, que la decía: *Escucha, hija, y mira; inclina tu oído y olvida tu pueblo y la casa de tu padre. Y si esto haces, deseará el Rey tu hermosura* ⁷. Oyó, pues, y

⁴ *Cant.*, III, 6.

⁵ *Ps.*, XVIII, 6.

⁶ *Cant.*, II, 8.

⁷ *Ps.*, XLIV, 11.

vio; no como algunos, que oyendo no oyen y viendo no entienden, sino que oyó y creyó; vio y entendió. Incluyó su oído a la obediencia y su corazón a la enseñanza, y se olvidó de su pueblo y de la casa de su padre; porque ni pensó en aumentar su pueblo con la sucesión ni intentó dejar herederos a la casa de su padre, sino que todo el honor que pudiera tener en su pueblo, todo lo que pudiera tener de bienes terrenos por sus padres, lo abandonó como si fuera basura, para ganar a Cristo. Ni la engañó su pensamiento, pues logró, sin violar el propósito de su virginidad, tener a Cristo por hijo suyo. Con razón se llama *llena de gracia*, pues tuvo la gracia de la virginidad; y, a más de eso, consiguió la gloria de la fecundidad.

Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo. No dijo el ángel: El señor está en ti, sino: *el Señor es contigo*; porque, aunque Dios está igualmente en todas partes por su simplicísima substancia, con todo eso, está de diferente modo en las criaturas racionales que en las demás; y en aquellas mismas todavía de otra suerte en los buenos que en los malos, por su eficacia. De tal modo sin duda está en las criaturas irracionales, que no puede caber en ellas; en las racionales puede caber por el conocimiento, pero sólo halla cabida en los buenos por el amor. Así, sólo en los buenos está de tal manera, que también está con ellos por la concordia de la voluntad; porque, cuando sujetan de tal modo sus voluntades a la justicia, que no es indecente a Dios querer lo que ellos quieren, por lo mismo que no se apartan de su voluntad, se juntan a sí mismos con especialidad a Dios. Mas, aunque de

esta suerte está en todos los santos, particularmente está con María, con la cual tuvo tanta concordia, que juntó a sí mismo no sólo su voluntad, sino su misma carne también; y de su substancia y de la de la Virgen hizo un solo Cristo o, diciendo mejor, se hizo un solo Cristo; el cual, aunque ni todo de la substancia de Dios, ni todo de la substancia de la Virgen, sin embargo, todo es de Dios y todo de la Virgen; no siendo por eso dos hijos, sino sólo un hijo de uno y de otro. Dice, pues: *Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo*. No solamente el Señor Hijo es contigo, al cual distes tu carne, sino también el Señor Espíritu Santo, de quien concibes; y el Señor Padre, que engendró al que tú concibes. El Padre, repito, es contigo, que hace a su Hijo tuyo también. El Hijo es contigo, quien, para obrar en ti este admirable misterio, se reserva a sí con un modo maravilloso el arcano de la generación y a ti te guarda el sello virginal. El Espíritu Santo es contigo, pues con el Padre y con el Hijo santifica tu seno. El Señor, pues, es contigo.

Bendita tú eres entre las mujeres. Quiero juntar a esto lo que añadió Santa Isabel a estas mismas palabras, diciendo: *Y bendito es el fruto de tu vientre*. No porque tú eres bendita es bendito el fruto de tu vientre, sino porque él te previno con bendiciones de dulzura, eres tú bendita. Verdaderamente es bendito el fruto de tu vientre, pues en él son benditas todas las gentes; de cuya plenitud también recibiste tú con los demás, aunque de un modo más excelente que lo demás. Por tanto, sin duda eres tú bendita, pero entre las mujeres; mas él es bendito, no entre los hombres, no entre los ángeles precisamente, sino como quien es, según habla el Apóstol, *sobre todas*

las cosas, Dios bendito por los siglos ⁸. Suele llamarse bendito el hombre, el pan bendito, bendita la mujer, bendita la tierra y las demás cosas en las criaturas que están benditas; pero singularmente es bendito el fruto de tu vientre, siendo él, sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos.

Bendito, pues, es el fruto de tu vientre. Bendito en el olor, bendito en el sabor, bendito en la hermosura. La fragancia de este odorífero fruto percibía aquel que decía: El olor que sale de mi Hijo es semejante al de un campo lleno que el Señor colmó de sus bendiciones ⁹. ¿No será bendito aquel a quien colmó de sus bendiciones el Señor? Del sabor de este fruto, uno que le había gustado, eructaba de este modo, diciendo: *Gustad y ved qué suave es el Señor* ¹⁰; y en otra parte: *¡Qué grande es, Señor, la abundancia de tu dulzura, que has escondido y reservado para los que te temen!* ¹¹ Y otro también: *Si es que habéis gustado que es dulce el Señor* ¹². Y el mismo fruto de sí mismo, convidándonos a sí: *El que me come, dice, tendrá todavía hambre; y el que me bebe, tendrá todavía sed* ¹³. Sin duda decía esto por la dulzura de su sabor, que gustado excita el apetito. Buen fruto el que es comida y bebida a un tiempo para las almas que tienen hambre y sed de la justicia. Oíste ya su olor, oíste su

⁸ Rom., IX, 6.

⁹ Gen., XVII, 27.

¹⁰ Ps., XXXIII, 9.

¹¹ Ps., XXX, 20.

¹² Petr., II, 3.

¹³ Eccli., XXIV, 29.

sabor, oye también su hermosura; porque, si aquel fruto de muerte no sólo fue suave para comerse, sino también, por testimonio de la Escritura, agradable a la vista, ¿cuánto más cuidadosamente debemos informarnos de la vivificante hermosura de este fruto vital, en quien, por testimonio igualmente de la Escritura, desean mirar los ángeles mismos? Cuya belleza miraba en espíritu y deseaba ver en el cuerpo aquel que decía: *De Sión viene el esplendor de su hermosura* ¹⁴. Y, porque no te parezca que alababa una belleza mediana solamente, acuérdate de lo que tienes escrito en otro salmo: *Tú sobrepasas en belleza a todos los hijos de los hombres; la gracia está derramada en tus labios; por eso Dios te bendijo para siempre* ¹⁵.

Bendito, pues, el fruto de tu vientre, al cual bendijo Dios para siempre; por cuya bendición también eres bendita tú entre las mujeres, porque no puede un árbol malo llevar un fruto bueno. Bendita tú, vuelvo a decir, entre las mujeres, pues te libraste de la general maldición en que se dijo: *En tristeza darás a luz los hijos* ¹⁶; y no menos de aquella que se siguió: *Maldita la estéril en Israel* ¹⁷; y conseguiste una especial bendición, por la cual ni permaneces estéril ni das a luz con dolor. ¡Dura necesidad y yugo grave que oprime a todas las hijas de Eva! Si dan a luz son atormentadas con los dolores; si no dan a luz, son maldecidas. ¿Qué harás, virgen, que oyes esto y que lees esto? Si

¹⁴ Ps., XLIX, 2.

¹⁵ Ps., XLIV, 3.

¹⁶ Gen., III, 16.

¹⁷ Ex., XXXIII, 20.

deseas tener parto, serás afligida entre angustias; si permaneces estéril, serás maldecida. ¿Qué escoges, Virgen prudente? Por todas partes, dice, me cercan angustias. Sin embargo, mejor es para mí incurrir en la maldición y permanecer casta, que concebir primero por la concupiscencia lo que después justamente había de dar a luz con dolor. Por esta parte, aunque veo la maldición, pero no el pecado; mas por la otra veo el pecado y juntamente el tormento. En fin, ¿esta maldición es más que el improprio de los hombres? No por otra cosa se llama la estéril maldita, sino porque los hombres la impropiarán y despreciarán como inútil e infructuosa en Israel. Pero para mí nada importa que desagrade a los hombres, como pueda presentarme a Cristo, Virgen casta. ¡Oh Virgen prudente! ¡Oh Virgen devota! ¿Quién te enseñó que agradaba a Dios la virginidad? ¿Qué ley, qué rito, qué página del Viejo Testamento manda o aconseja y exhorta a vivir en la carne castamente y a tener una vida propia de los ángeles de la tierra? ¿En dónde lo has leído, Virgen devota, *que la sabiduría de la carne es muerte* ¹⁸; *y no queráis contentar vuestra sensualidad satisfaciendo a sus deseos?* ¹⁹ ¿En dónde has leído de las vírgenes *que cantan un nuevo cántico que ningún otro puede cantar y que siguen al Cordero adondequiera que vaya?* ²⁰ ¿En dónde has leído que son alabados *los que se hicieron continentes por el reino de Dios?* ²¹ ¿En dónde has leído: *Aunque vivimos en la carne, nuestra conducta no es carnal?* ²²

¹⁸ Rom., VIII, 6.

¹⁹ Rom., XIII, 14.

²⁰ Apoc., XIV, 4.

²¹ Mt., XIX, 12.

²² II Cor., X, 3.

Y ¿aquel que casa a su hija, hace bien; y aquel que no la casa, hace mejor? ²³ *¿Dónde has oído: Quisiera que todos vosotros permanecierais en el estado en que yo me hallo; y bueno es para el hombre si así permaneciere, como yo le aconsejo? En cuanto a las vírgenes, dice, no he recibido precepto del Señor, pero doy consejo. Mas tú, no digo precepto, pero ni consejo, ni ejemplo tenías, sino que la interior moción de Dios te lo enseñaba todo, y su palabra viva y eficaz, haciéndose primero tu maestro que hijo tuyo, instruyó antes tu mente, que se vistió de tu carne. Haces voto, pues, de presentarte a Cristo virgen, sin saber que está reservado para ti ser Madre. Escoges ser despreciable en Israel e incurrir en la maldición de la esterilidad para agradar a aquel Señor en cuyos ojos obras lo más perfecto; y mira cómo la maldición se trueca en bendición y la esterilidad se recompensa con la fecundidad.*

Abre, Virgen, el seno, dilata el regazo, prepara tus castas entrañas, pues va a hacer en ti cosas grandes el que es todopoderoso, en tanto grado, que en vez de la maldición de Israel te llamarán bienaventurada todas las generaciones. No tengas por sospechosa, Virgen prudentísima, la fecundidad; porque no disminuirá tu integridad. Concebirás, pero sin pecado; estarás embarazada, pero no cargada; darás a luz, pero no con tristeza; no conocerás varón y engendrarás un hijo. ¡Qué hijo! De aquel mismo serás Madre de quien Dios es Padre. El hijo de la caridad paterna será la corona de tu castidad; la sabiduría del corazón

²³ *I Cor.*, VII, 38.

del Padre será el fruto de tu virgíneo seno; a Dios, en fin, darás a luz y concebirás de Dios. Ten, pues, ánimo, Virgen fecunda, madre intacta, porque no serás maldecida jamás en Israel ni contada entre las estériles. Y si con todo eso el Israel carnal te maldice, no porque te mire estéril, sino porque sienta que seas fecunda; acuérdate que Cristo también sufrió la maldición; el mismo que a ti, que eres su madre, bendijo en los cielos; pero aun en la tierra igualmente eres bendecida por el ángel, y por todas las generaciones de la tierra eres llamada, con razón, bienaventurada. Bendita, pues, eres tú entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.

La cual, habiendo oído tales palabras, se turbó y estaba entre sí pensando en la salutación. Suelen las vírgenes que verdaderamente aman la virginidad estar siempre temerosas y nunca seguras; y para precaverse de lo que en realidad es temible, suelen temer aun en aquello que no tiene riesgo, considerando que llevan un tesoro precioso, en un vaso de barro y que es muy arduo vivir como los ángeles entre los hombres, conducirse en la tierra al tenor de los que habitan en el cielo y guardar en el cuerpo frágil la pureza del celibato. Por consiguiente, al ver una cosa nueva o repentina, sospechan asechanzas y piensan que todo se maquina contra ellas. Por eso María se turbó a las palabras del ángel; turbóse, mas no se perturbó. *Me turbé, dice el profeta, y no hablé, sino que medité los días antiguos y tuve en mi pensamiento los años eternos* ²⁴. A este modo María se turbó y no habló,

²⁴ Ps., LXXVI, 5.

sino que pensaba entre sí qué salutación sería ésta. Haberse turbado fue pudor virginal; no haberse perturbado, fortaleza; haber callado y pensado, prudencia. *Estaba entre sí pensando en la salutación.* Sabía esta Virgen prudente que muchas veces Satanás se transforma en ángel de luz; y, porque era humilde y sencilla, no esperaba cosa semejante de un ángel santo; y por eso pensaba entre sí que salutación sería ésta.

Entonces el ángel, mirando a la Virgen y advirtiendo facilísimamente que resolvía en su corazón pensamientos varios, la consuela en sus temores, la ilustra y fortalece en sus dudas, y llamándola familiarmente por su propio nombre, blanda y benignamente la persuade que no tema: *No temas, dice, María, porque hallaste gracia en los ojos de Dios.* Nada hay aquí de dolor, nada de engaño, no sospeches fraude, no receles alguna asechanza: no soy hombre, soy espíritu y ángel de Dios, no de satanás. *No temas, María, porque hallaste gracia en los ojos de Dios.* ¡Oh, si supieras cuánto agrada a Dios tu humildad y cuánta es tu privanza con El! ¡No te juzgarías indigna de que te saludase y obsequiase un ángel! ¿Por qué has de pensar que te es indebida la gracia de los ángeles, cuando has hallado gracia en los ojos de Dios? Hallaste lo que buscabas, hallaste lo que antes de ti ninguno pudo hallar, hallaste gracia en los ojos de Dios. ¿Qué gracia? La paz de Dios y de los hombres, la destrucción de la muerte, la reparación de la vida. Esta es la gracia que hallaste en los ojos de Dios. Y ésta es la señal que te dan para que te persuadas que has hallado

todo esto: *Sabe que concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien llamarás Jesús.* Entiende, Virgen prudente, por el nombre del hijo que te prometen, cuán grande y qué especial gracia has hallado en los ojos de Dios. Y *le llamarás Jesús.* La razón y significado de este nombre se halla en otro evangelista, interpretándole el ángel así: *Porque El salvará a su pueblo de sus pecados* ²⁵.

De dos leo que precedieron con el nombre de Jesús en figura de este de quien ahora tratamos; y ambos mandaron a los pueblos; de los cuales el uno sacó a su pueblo de Babilonia y el otro introdujo al suyo en la tierra de promisión. Y estos mismos sin duda defendieron de sus enemigos a los pueblos que gobernaban; pero, ¿por ventura, les salvaron de sus pecados? Mas este nuestro Jesús salva a su pueblo de sus pecados y le introduce en la tierra de los vivientes, *porque El salvará a su pueblo de sus pecados.* ¿Quién es éste, que también perdona los pecados? Ojalá que también se digne el Señor Jesús contarme a mí, pecador, en su pueblo para salvarme de mis pecados. Dichoso verdaderamente el pueblo de quien es su Dios este Señor Jesús, pues El salvará a su pueblo de sus pecados. Pero recelo que muchos profesen ser de su pueblo, y que, sin embargo, El no los tenga por pueblo suyo; recelo que a muchos que parecen ser los más religiosos entre su pueblo, diga El mismo alguna vez: *Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí* ²⁶. Sabe el Señor Jesús los que son

²⁵ Mt., I, 21.

²⁶ Mt., XV, 8.

suyos, sabe los que escogió desde el principio. *¿Por qué me llamáis, dice, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo os digo?* ²⁷ ¿Quieres saber si perteneces a su pueblo, o, más bien, quieres ser de su pueblo? Haz lo que te manda en el Evangelio el Señor Jesús, lo que manda en la ley, lo que manda por los profetas, lo que manda por sus ministros que tiene en la Iglesia; obedece a tus prelados, que son vicarios suyos, no sólo a los buenos y modestos, sino a los que son ásperos y duros; aprende del mismo Jesús a ser manso y humilde de corazón; y serás de aquel verdadero pueblo suyo que El escogió por su heredad; serás de aquel estimable pueblo suyo a quien el Señor de los ejércitos bendijo diciendo: *Tú eres obra de mis manos, y mi heredad, Israel* ²⁸; de quien, para que acaso no sigas al Israel carnal, asegura con su testimonio: *Un conocido se ha sujetado a mí; me ha obedecido al punto que oyó mi voz* ²⁹.

Pero oigamos lo que siente el mismo ángel de aquel a quien pone tal nombre aun antes de ser concebido. Dice, pues: *Este será grande y será llamado el hijo del Altísimo* ³⁰. Con razón se dice que será grande el que merecerá ser llamado hijo del Altísimo. ¿Por ventura no es grande aquel cuya grandeza no tiene fin? ¿Y quién es tan grande, dice, como nuestro Dios? ³¹ Grande es enteramente el que es tan

²⁷ Lc., VI, 46.

²⁸ Is., XIX, 25.

²⁹ Ps., XVII, 45.

³⁰ Lc., I, 32.

³¹ Ps., CXII, 5.

grande como el Altísimo, pues él también es Altísimo. No juzgará el hijo del Altísimo³² que es una usurpación y robo en sí mismo aquel que, habiendo sido formado ángel de la nada, comparándose, lleno de soberbia, a su Hacedor, pretendía robar lo que es propio del Hijo de Dios; el cual, sin duda, según su forma y naturaleza divina, no fue hecho, sino engendrado de Dios. Pues Dios Padre Altísimo, aunque es omnipotente, no pudo, con todo eso, o hacer una criatura igual a sí mismo o engendrar un hijo que fuese desigual. Así hizo grande al ángel, pero no tanto como es El; y, por consiguiente, no le hizo altísimo. Solamente ni lo reputa usurpación ni lo tiene por injuria que el Unigénito, a quien no hizo, sino que engendró omnipotente, siendo El altísimo; coeterno, siendo El eterno, se compare en todo a El mismo. Con razón, pues, será éste grande, pues será llamado hijo del Altísimo.

Pero ¿por qué dice que *será*, y no dice más bien que es grande el que, siempre igualmente grande, no tiene adonde crecer, ni después de su concepción ha de ser mayor que sea o haya sido antes? ¿Acaso se dice que *será*, porque El mismo, que era Dios grande, ha de ser grande hombre? Bien se dice, pues: *Este será grande*. Grande hombre, grande doctor, grande profeta. De El se dice en el Evangelio: *Un profeta grande ha parecido en medio de nosotros* ³³; y por otro profeta menor que él es prometido igualmente

³² Phil., II, 6.

³³ Lc., VII, 16.

como un profeta grande que había de venir: *Mira, dice, que vendrá un profeta grande y él mismo renovará a Jesuralén.* Y tú, a la verdad, ¡oh Virgen!, darás de mamar a un párvulo; pero al verle párvulo, contéplale grande. Será grande, porque el Señor le engrandecerá delante de los reyes, de modo que todos los reyes le adorarán, todas las gentes le servirán. Engrandezca, pues, tu alma también al Señor, porque *será grande y será llamado hijo del Altísimo.* Grande será y hará cosas grandes el que es poderoso y su nombre santo. ¿Qué nombre más santo que llamarse hijo del Altísimo? Sea también engrandecido por nosotros, que somos párvulos, el Señor grande, que, por hacernos grandes, se hizo párvulo. *Un párvulo, dice el profeta, nació para nosotros y un párvulo nos han dado* ³⁴. Para nosotros, repito, no para sí; pues, nacido de su Eterno Padre más noblemente antes de los tiempos, no necesitaba nacer de una Madre en el tiempo. No para los ángeles tampoco, que poseyéndole grande no le solicitaban párvulo. Para nosotros, pues, nació, a nosotros nos le han dado, porque para nosotros era necesario.

Empleemos ya al que nació para nosotros y fue dado a nosotros en lo que es el fin por que nació y nos fue dado. Usemos del que es nuestro en utilidad nuestra, saquemos del Salvador la salud. He aquí que el párvulo está puesto en medio de nosotros. ¡Oh párvulo deseado de los párvulos! ¡Oh verdaderamente párvulo, pero en la malicia, no en la sabiduría! Procuremos hacernos como este párvulo, aprendamos

³⁴ *Is.*, IX, 6.

de El a ser mansos y humildes de corazón; no sea que el grande Dios se haya hecho sin fruto hombre pequeño, no sea que en balde haya muerto, no sea que inútilmente haya sido crucificado por nosotros. Aprendamos su humildad, imitemos su mansedumbre, apreciemos su amor, tomemos parte en sus penas, lavémonos en su sangre. Ofrezcámosle a El mismo como nació y nos fue dado a nosotros. Ofrezcámosle a los ojos de su Padre, ofrezcámosle a los suyos mismos, porque el Padre no perdonó a su propio Hijo, sino que por nosotros le entregó; y el mismo Hijo se abatió hasta tal extremo, que tomó la forma de esclavo. El mismo entregó su vida a la muerte y fue puesto en el número de los malhechores; y El mismo llevó sobre sí los pecados de muchos y oró por los violadores de la ley para que no pereziesen. No pueden perecer aquellos por quienes el Hijo ruega que no perezcan, por quienes el Padre entregó su Hijo a la muerte para que vivan. Debemos esperar el perdón de ambos igualmente; en los cuales es igual la misericordia en su piedad, igual en la voluntad el poder; una misma substancia divina.

Gloria sea dada, pues, al Hijo del Altísimo, Hijo también de María que cuando honramos al Hijo no nos apartamos de las glorias de la Madre, e igualmente cuanto decimos en las alabanzas de la Virgen Madre, redundan también a gloria del Hijo. Si como dice Salomón: *El Hijo sabio es gloria del Padre* (35). ¿Cuánta mayor gloria será ser Madre de la misma Sa-

(35) Proverbios, X, 1.

biduría? Pero ¿qué puedo intentar yo en las alabanzas de aquella Señora a quien publican digna de ellas los Profetas, lo expresa el mismo Angel y lo declara el santo Evangelio? No, yo no la alabo. porque no me atrevo, sino que repito con devoción lo que ya explicó el Espíritu Santo por boca del Evangelista.

Dice: *Y le dará el Señor Dios el trono de David, su Padre.* Que de la prosapia de David trajese su origen Jesús, nadie lo duda. Pero yo deseo saber, ¿cómo le dió el Señor el trono de David su padre, no habiendo reinado en Jerusalén, sino que antes bien, queriéndolo hacer Rey las turbas no lo consintió, y aun protestó delante de Pilatos, diciendo: *Mi reino no es de este mundo?* (36). Y, ¿qué es el trono de David, qué se promete, para quién se sienta sobre los Querubines, para quién vio el Profeta (37) sentado sobre un Solio excelso y elevado? Sabemos que hay otra Jerusalén significada por ésta en que reinó David y que es aquella mucho más noble y rica. Y a esa se refiere aquí, según el frecuente modo de hablar de la Escritura, en que se pone muchas veces lo que significa por el significado. Le dio Dios el trono de David, su padre, cuando *le constituyó Rey sobre Sión su monte sano* (38). Y este texto parece explicar ya más claramente de qué reino se trata, porque no dice en Sión, sino sobre Sión.

Ciertamente en Sión reinó David, pero está sobre Sión el reino aquel de quien se dijo a este rey: *Colocaré sobre tu trono tu descendencia* (39); de quien se

(36) Juan, XVIII, 36.

(37) Isaías, IV, 1.

(38) Salmo II, 6.

(39) Salmo CXXXI.

dijo también por otro Profeta: *Sobre el solio de David y sobre su reino se sentará* (40). Y ¿no ves cómo en todas partes hallas *sobre*? *Sobre Sión, sobre el trono, sobre el solio, sobre el Reino*. Le dará, pues, el Señor Dios el trono de David su padre, no el figurativo, sino el verdadero, no el temporal, sino el eterno, no el terreno, sino el celestial.

Y reinará en la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin (41).

Si aquí igualmente entendiéramos la casa temporal de Jacob, ¿cómo no siendo eterna, había de poder reinar en ella eternamente? Se ha de buscar, pues, una casa eterna de Jacob en que reine eternamente aquel Señor cuyo reino no tendrá fin. Y además ¿acaso aquella provocadora casa de Jacob no le negó impíamente y le desechó neciamente delante de Pilatos, cuando diciendo él: *¿Yo he de crucificar a vuestro Rey?*, respondió gritando a una voz: *No tenemos más Rey que al César?* (42).

Busca, pues, al Apóstol y te distinguirá al que es judío en lo oculto de aquel que lo es en lo manifiesto y la circuncisión que es según el espíritu de aquella que se hace según la carne, al Israel espiritual del carnal, a los hijos de la fe de Abraham de los hijos de su carne. *No todos los que son de la sangre de Abraham*⁴³ *son hijos suyos*. Luego igualmente no todos los que descienden de Jacob son de la casa de Jacob, puesto que Jacob es lo mismo que Israel.

Juzga, pues, de la casa de Jacob sólo aquellos que

(40) Isaías, IX, 7.

(41) Lucas, I, 32.

(42) Juan, XIX, 15.

(43) Romanos. I, 28.

se encuentran perfectos en la misma y habrás encontrado los que constituyen la casa espiritual y eterna de Jacob en que el Señor Jesús reinará para siempre. ¿Quién de nosotros es el que según la interpretación del nombre de Jacob hace caer con industria de su corazón al diablo y lucha contra sus vicios y deseos malos, para que no reine el pecado en su cuerpo mortal, sino Jesús en él, ahora por la gracia y después por la gloria?

Dichosos aquellos en quienes Jesús reinará eternamente, porque ellos también reinarán con él, y su reino no tendrá fin. ¡Oh qué dichoso es aquel reino en que se congregaron los Reyes para alabar y glorificar al que es sobre todos Rey de los Reyes y Señor de los Señores, cuyo resplandeciente rostro contemplarán los justos y brillarán como el sol en el Reino de su Padre! ¡Oh si de mí, pecador, se acordara también Jesús según la bondad que se ha dignado mostrar a su pueblo, cuando haya de venir a su reino! ¡Oh si en aquel día en que ha de entregar el reino a Dios y al Padre, quisiera visitarme con su asistencia saludable, para verle yo colmado de los bienes de sus escogidos, para gozarme yo en la alegría que es propia de su pueblo; y que esta misma misericordia fuera eterna materia para darle alabanzas en compañía de su heredad!

Venid entre tanto Señor Jesús y quitad los escándalos de vuestro reino que es mi alma, para que vos reinéis como es natural en ella. Porque viene la avaricia y quiere asentar en mí su trono; la jactancia: quiere dominarme, la soberbia quiere ser mi rey, la

lujuria, dice, yo he de reinar; la detracción, la ira, la envidia, combaten en mí mismo, sobre mí, disputando entre sí de cuál de ellas debo ser esclavo principalmente. Y yo, cuanto puedo resisto, cuanto puedo me esfuerzo, doy voces a mi Señor Jesús, me derramo en su presencia, porque conozco que tiene en mí todo derecho. Tengo a El por mi Dios, tengo a El por mi Dueño, y digo: no tengo otro Rey que mi Señor Jesús. Venid, pues, Señor, dispersadlos con la fuerza de vuestro poder, y reinaréis en mí, pues vos sois mi Rey y mi Dios, que sólo con mandarlo habéis salvado tantas veces a Jacob.



CAPÍTULO CUARTO

MARÍA, LA MADRE DE DIOS

Y dijo María al Angel: Cómo puede ser esto, si no conozco varón.

Y respondiendo el Angel la dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti y te cubrirá con su sombra la virtud del Altísimo y por eso lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios. Y he aquí que Isabel, tu parienta, también ha concebido un hijo en su vejez, porque no hay cosa alguna imposible para Dios.

Y dijo María: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.

Y se retiró de ella el Angel (1).

Y dijo María al Angel: ¿Cómo puede ser esto si no conozco varón? Primero, sin duda, María calló como prudente, cuando todavía dudosa pensaba entre sí, que salutación sería ésta, queriendo más por su humildad no responder que temerariamente hablar de

(1) Lucas, I, 34-38.

lo que no sabía. Pero ya confortada, y habiéndolo premeditado bien, hablándola interiormente Dios (que estaba con ella según lo que dice el Angel: *El Señor es contigo*), expeliendo sin duda la fe al temor, la alegría al empacho, dijo al Angel: *¿Cómo puede ser esto si no conozco varón?*

No duda el hecho, sino que pregunta acerca del modo y del orden, no pregunta si se hará esto, sino cómo se hará. Al modo que si dijera: Sabiendo mi Señor que su esclava tiene hecho voto de virginidad, ¿con qué disposición, con qué orden le agrada que se haga esto? Si Su Majestad ordena otra cosa, si dispensa este voto para tener tal Hijo, alégrome del Hijo que me da, pero me duele la dispensa del voto; sin embargo hágase su voluntad en todo; pero si he de concebir virgen y virgen también he de alumbrar, lo cual ciertamente no le es imposible, entonces verdaderamente conoceré que miró la humildad de su esclava.

¿Cómo pues se hará esto Angel del Señor, si no conozco varón? Y respondiendo el Angel la dijo: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti y te cubrirá con su sombra la virtud del Altísimo.* Había dicho antes que estaba llena de gracia; pues ¿cómo dice ahora *el Espíritu Santo vendrá sobre ti y te cubrirá con su sombra la virtud del Altísimo?* ¿Por ventura podría estar llena de gracia y no tener todavía al Espíritu Santo, siendo El el dador de todas las gracias? Y si el Espíritu Santo estaba en ella, ¿cómo se la vuelve a prometer que vendrá sobre ella nuevamente? Por esto sin duda no se dijo vendrá a ti, sino que vendrá

sobre ti, porque aunque a la verdad primero estuvo con María por su copiosa gracia, ahora se la anuncia, que vendrá sobre ella por la más abundante plenitud de gracia que en ella ha de derramar.

Pero estando ya llena, ¿cómo podría caber en ella algo más? Y si todavía puede caber más en ella, ¿cómo se ha de entender que antes estaba ya llena de gracia? La primera gracia había llenado solamente su alma y la siguiente había de llenar también su seno a fin de que la plenitud de la Divinidad, que ya habitaba en ella antes espiritualmente como en muchos de los Santos comenzase también a habitar corporalmente como en ninguno de los mismos.

¿Dice, pues, el Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra la virtud del Altísimo? ¡Ah! El que lo pueda entender que lo entienda. Porque exceptuada acaso la que sola mereció experimentar en sí esto felicísimamente, ¿quién podrá percibir con el entendimiento y discernir con la razón, de qué modo aquel esplendor inaccesible del Verbo eterno se infundió en las virginales entrañas, y para que pudiese sostener que el inaccesible se acercase a ella, de la partecita del mismo cuerpo, a la cual se unió El mismo, hiciera sombra a todo lo demás?

Y quizá por esto principalmente se dijo: *Te cubrirá con su sombra*, porque sin duda la cosa era un misterio, y lo que la Trinidad sola por sí misma, en sola y con sola la Virgen quiso obrar, sólo se concedió saberlo a quien sólo se concedió experimentarlo. Dígase, pues: *El Espíritu Santo vendrá por ti*; el cual,

con su poder, te hará fecunda: *Y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra*; esto es, aquel modo con que del Espíritu Santo concebirás, de tal suerte Cristo, virtud de Dios y sabiduría de Dios, haciendo sombra, lo encubrirá y ocultará en su secretísimo consejo, que sólo será conocido de El y de ti. Como si el ángel respondiera a la Virgen: ¿Qué me preguntas a mí lo que experimentarás en ti luego? Lo sabrás, lo sabrás, y felicísimamente lo sabrás, siendo tu doctor el mismo que es el autor. Yo he sido enviado a anunciar la concepción virginal, no a criarla. Ni puede ser enseñada sino por quien la da, ni puede ser aprendida sino por quien la recibe. *Y por eso también lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios.* Que es decir: porque has de concebir, no del hombre, sino del Espíritu Santo, y has de concebir al que es virtud del Altísimo; *por eso también lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios*; esto es, no sólo el que viniendo del seno del Padre a tu seno te cubrirá con su sombra, sino también lo que de tu substancia unirá a sí, desde aquel punto ya se llamará Hijo de Dios; así como el que es engendrado por el Padre antes de todos los siglos se reputará desde ahora Hijo tuyo. Mas de tal suerte lo que nació del mismo Padre será tuyo y lo que nacerá de ti será suyo, que con todo eso no serán dos hijos, sino uno solo. Y aunque ciertamente una cosa sea de ti y otra cosa sea de El, sin embargo, ya no será de cada uno el suyo, sino que un solo Hijo será de ambos.

Y por eso lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios. Atiende, te ruego, con cuánta reveren-

cia dijo el ángel: *Lo santo que nacerá de ti*. ¿Por qué dice *santo* absolutamente y sin añadir otra cosa? Yo creo que porque no tenía con qué nombrar propia y dignamente aquello singular, aquello magnífico, aquello venerable, que de la purísima carne de la Virgen, con su alma, se había de unir al único del Padre. Si dijera carne santa u hombre santo o cualquiera otra semejante cosa, le parecería que decía poco. Dijo, pues *santo* indefinidamente: porque cualquiera cosa que sea lo que la Virgen engendró, santo sin duda, y singularmente santo es, así por la santificación del Espíritu como por la asunción del Verbo.

Añadió el ángel: *Y sabe que Isabel, tu parienta, ha concebido un hijo en su senectud*. ¿Qué necesidad había de anunciar a la Virgen la concepción de esta estéril? ¿Por ventura, por estar dudosa todavía e incrédula al oráculo la quiso confirmar el ángel con este prodigio? Nada de esto. Leemos que la incredulidad de Zacarías fué castigada por este mismo ángel, pero no leemos que María fuese reprendida en cosa alguna; antes bien, reconocemos su fe alabada, profetizando de ella Isabel: *Bienaventurada eres en haber creído, porque todo lo que te ha sido dicho de parte del Señor será cumplido en ti* ¹⁰. Por eso se participa a la Virgen la concepción de la prima estéril, para que, añadiéndose un milagro a otro milagro, se aumente su gozo con otro gozo. Ciertamente era preciso que fuese incendio de amor y de alegría la que había de concebir luego al Hijo del amor paterno en el gozo del Espíritu Santo. Ni podía caber sino en un

¹⁰ Lc., I, 45.